



MONSTRUOS, MOSTROS Y MALDITOS

Cuando PENSAMOS en monstruos es casi mecánico recurrir a las IMÁGENES del cine de TERROR: seres SOBRENATURALES, de cuerpos alargados y ojos saltones, así como PERSONAJES SOFISTICADOS que suelen cenar a un viejo amigo. Traemos a la MEMORIA la FASCINACIÓN de Julio HEVIA por el ANÁLISIS de estos personajes FÍLMICOS en uno de sus libros y la RELACIÓN con el MONSTRUO no ficcional que vive en SOCIEDAD.

★ JAIME BAILÓN

Foto:
Michael Myers, personaje
de la saga *Halloween*

Fuente: Filmadores

s conocida la vieja relación entre el cine y la dimensión onírica de nuestra existencia. El relato fílmico guarda un símil con la forma en la que contamos nuestros sueños. Esta conexión ha sido el caldo de cultivo de múltiples herramientas conceptuales de los profesionales del discurso: psicoanalistas, psicólogos y filósofos. Todos ellos han visto, sobre todo en la representación cinematográfica de nuestras pesadillas, las claves para intentar delinear un croquis de las dimensiones de lo humano, como dándonos a entender que sin la representación del horror no tendríamos una idea clara para trazar las fronteras de la normalidad. Nuestro recordado Julio Hevia, que adoptó a lo largo de su vida académica una visión transdisciplinar y un nomadismo teórico, tenía una preferencia casi obsesiva por los acontecimientos situados al borde y nos ha legado un bestiario con sus monstruos favoritos de diversas *Pantallas, frecuencias y escenarios*¹. A continuación, un *hat-trick* maldito.

Destaca, en primer lugar, por su sofisticación y refinamiento artístico, el monstruo con formación académica y gusto sibarita. Encabezan el listado el caníbal Hannibal Lecter de *El silencio de los inocentes* (*The silence of the lambs*, 1991), los depravados aristócratas de *Saló* (*Salò o le 120 giornate di Sodoma*, 1975) y el protagonista de *Drácula*, de *Bram Stoker* (1992).

Estos monstruos tienen en común la conjunción de un discurso exquisito con el ejercicio de prácticas animales inmundas: chupar sangre, comer carne humana, saborear excrementos; como recordándonos que un gusto cultural elevado no es garantía para erradicar a nuestros demonios, sino que, por el contrario, podría convertirse en el agente catalizador de la corrupción y degradación.

El segundo lugar de este catálogo lo detenta el monstruo que ocupa los últimos lugares en la escala social e intelectual. En la urbe, es el hombre común que enloquece y decide cortar los circuitos de la normalidad batiendo a tiros a inocentes ciudadanos que transitan las calles



Fuente: YouTube

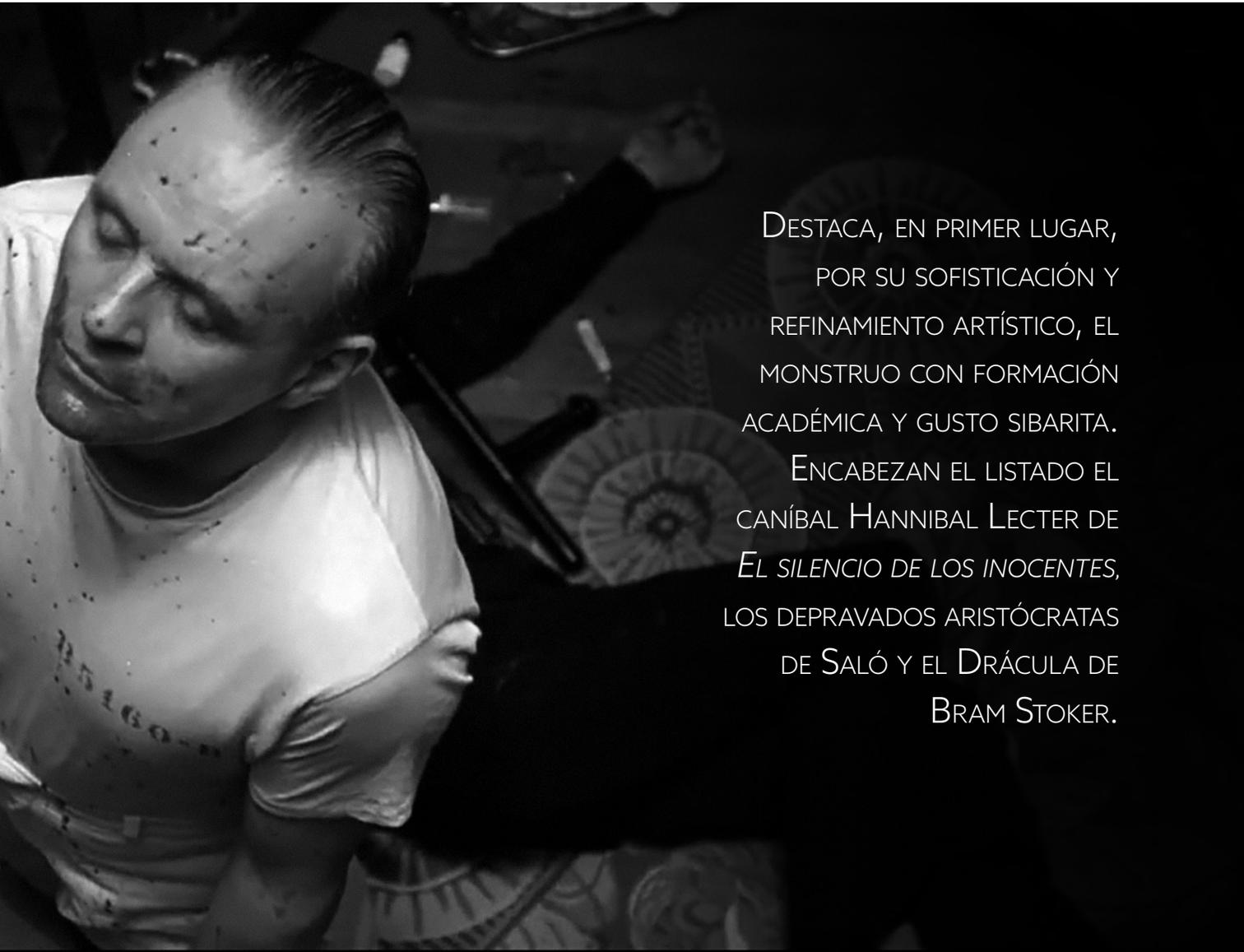
Foto:
Jason Vorhees, personaje de la saga *Martes 13*



Fuente: Cinema World

con una indiferencia cortés. Es el caso del empleado de cuello blanco de *Un día de furia* (*Falling down*, 1993), que amenaza con una ametralladora a los meseros de un *fast food*, harto de su amabilidad cosmética y su falta de sentido común. O el inolvidable Travis de *Taxi driver* (1976), que busca salvar al mundo de toda la escoria humana con una lluvia de balas que limpie la ciudad de cafichos, yonquis y políticos.

En los suburbios y en el bucólico espacio campestre también existe otra versión de este monstruo. Se trata del idiota de la aldea, infantilizado y emblemáticamente representado en la figura de Norman Bates en *Psicosis* (*Psycho*, 1960) y sus versiones amplificadas en las postrimerías del siglo xx: las sagas de Jason Voorhees, Freddy Krueger y Michael Myers iniciadas en *Martes 13*



DESTACA, EN PRIMER LUGAR, POR SU SOFISTICACIÓN Y REFINAMIENTO ARTÍSTICO, EL MONSTRUO CON FORMACIÓN ACADÉMICA Y GUSTO SIBARITA. ENCABEZAN EL LISTADO EL CANÍBAL HANNIBAL LECTER DE *EL SILENCIO DE LOS INOCENTES*, LOS DEPRAVADOS ARISTÓCRATAS DE *SALÓ* Y EL DRÁCULA DE BRAM STOKER.

(*Friday the 13th*, 1980), *Pesadilla en Elmo Street* (*A Nightmare on Elm Street*, 1984) y *Halloween* (1978), respectivamente. En uno que otro caso, fueron víctimas de un *bullying* implacable que transfiguraron en una sed insaciable por horadar cuerpos adolescentes rozagantes y atizados por una sexualidad en ebullición.

Cierra esta trilogía el monstruo sin atributos, la encarnación de la banalidad del mal, el sicario que mata y tortura como parte de su ejercicio profesional. Limpio, metódico, ni siquiera considera que lo que está haciendo es algo espantoso, sino que lo asume como parte de un trabajo rutinario. La encarnación de esta figura ha sido hartamente revivida en el cine policial y de gánsters. Están los *Buenos muchachos* (*Goodfellas*, 1990) con sus *Padrinos* contándonos *Una historia violenta* (*A history of violence*, 2005).

Foto:
Hannibal Lecter en *El silencio de los inocentes*

Otras versiones de este tipo de monstruo se exhiben en las películas de guerra: nazis, Vietnam y ahora el Golfo, y en las series de televisión sobre fuerzas especiales que luchan contra terroristas islámicos. En todas siempre aparece la figura del militar burócrata que tiene como misión matar, perdón, desaparecer a una población. Es curiosa su jerga cargada de corrección política: a la tortura la llaman *interrogatorios mejorados* y a sus fábricas de la muerte, *campos de concentración*.

Después de mirar el bestiario y dejar la pantalla en *Black mirror*, la sensación que nos queda es que los monstruos de la ficción parecen ser más bien una visión poética del mundo que hemos construido y que los demonios, como las procesiones, van por dentro. Lamentablemente, la realidad siempre supera la ficción: la vida es *heavy*, como solía despedir Julio sus clases.

¹ Hevia, J. (1994). *Pantallas, frecuencias y escenarios: Ensayos de comunicación*. Publicación de la Universidad de Lima.